

EL RUFIAN COBARDE.

PASO.

PERSONAS. { SIGÜENZA, lacayo.
SEBASTIANA, mundana.
ESTEPA, lacayo.

(Calle.)

SIGÜENZA. SEBASTIANA.

SIGÜENZA.

PASA delante, señora Sebastiana, y cuéntame por extenso, sin poner ni quitar tilde, del arte que te pasó con esa piltraca disoluta, amiga dese antuviador de Estepa, que yo te la pondré de suerte que tengan que contar nascidos y por nascer de lo que en la venganza por tu servicio hiciere.

SEBASTIANA.

Que no, sino cuál hinchiria su cántaro primero á la fuente, venimos á palabras y á las manos, y habiéndome rompido una toca....

SIGÜENZA.

¡Ah, pese á la puta! ¿por qué no me hallé presente?

SEBASTIANA.

Me llamó de bordonera, piquera, y que su gervilla valia mas que todo mi linage.

SIGÜENZA.

¡Ah putañoña! como si yo no supiese que su madre fue una segunda Celestina.

SEBASTIANA.

Y amenazándola yo contigo, me dijo: váyase el ladrón desorejado....

SIGÜENZA.

Qué, ¿tal osó decir? ¡ah Dios! ¿y cómo no se hunde la tierra?

SEBASTIANA.

Que si no se huyera de la carcel, como se huyó, le hicieran escribano Real, y le pusieran en la mano una péndola de veinte y cinco palmos.

SIGÜENZA.

Tomay, si sabe de metáforas la poltronaza.

SEBASTIANA.

Y otras veinte bellaquerías que por no darte enojo dejaré de decir, amigo Sigüenza.

SIGÜENZA.

Ya, ya, no me digas mas. ¡Ladron desorejado! ¿y

de dónde le han nascido alas á esa lendrosilla? Déjame con ella. Pero quien viere un hombre como yo tomarse con una gallina, ¿qué dirá, habiendo conquistado los campos en Italia que todo el mundo sabe?

SEBASTIANA.

La sucia como te ve con ese becoquin de orejas, y los lados rasos, atrévete á hablar, diciendo que te las cortaron por ladron.

SIGÜENZA.

¡Ah pícara! ¿Por ladron á mí? ¿No sabe Dios y todo el mundo que nunca hombre ganó tanta honra quedando sin orejas como quedé yo?

SEBASTIANA.

Yo te creo: pero dime, señor Sigüenza, ¿cómo te lisiaron de ellas?

SIGÜENZA.

En el año de quinientos y cuarenta y seis, á nueve dias andados del mes de abril (la cual historia se hallará hoy en día escrita en una tabla de cedro en la casa del ayuntamiento de la isla de Mallorca), habiendo yo desmentido á un coronel natural de Ibiza, y no osándome demandar la injuria por su persona, siete soldados suyos se convocaron á sacarme al campo, los nombres de los cuales eran (Dios les perdone) Campos, Piñeda, Osorio, Campuzano, Trillo el cojo, Perrotete el zurdo, y Janote el desgarrado; los cinco maté, y los dos tomé á merced.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios qué tan gran hazaña! Mas las orejas dime, señor, ¿cómo las perdiste?

SIGÜENZA.

A eso voy: que viéndome cercado de todos siete, por si acaso viniésemos á las manos no me hiciesen presa en ellas, yo mismo (usando de ardid de guerra) me las arranqué de cuajo, y arrojándoselas á uno que conmigo peleaba, le quebranté once dientes del golpe, y quedó torcido el pescuezo, donde al catorceno dia murió, sin que médico ninguno le pudiese dar remedio.

SEBASTIANA.

¡Válame Dios qué golpe tan cruel! qué fuera si le dieras con piedra ó con otra cosa semejante, cuando con tus orejas tal le paraste: ¿mas cómo dice aquella pulga que anduviste no sé qué tiempo en las galeras por ladron?

SIGÜENZA.

¿Ladron? ¡Ah! putilla, putilla, azotada tres veces por la feria de Medina el Campo, llevando la delantera su amigo, ó rufian por mejor decir, Estepa. ¡Ah! Estepilla, Estepilla, ¿no vendrian á tus orejas semejantes palabras para volver por esa andrajosa y vengar este mi airado corazon?

SEBASTIANA.

¿Ello es ansi que fuiste en galera?

SIGÜENZA.

Es la verdad que anduve en la galera bastarda contra mi voluntad no sé qué años; mas mirad qué va de adron á hombre vividor.

SEBASTIANA.

¿Qué llamais vividor, señor Sigüenza?

SIGÜENZA.

¿No te parece que es harta buena manera de vivir salirse el hombre á la plaza de mañana, y volverse antes de mediodia con la bolsa llena de reales sin ser mercader ni tener oficio?

SEBASTIANA.

Harto bueno es aqueso.

SIGÜENZA.

Catay pues por qué afrentan á un hombre de honra, y le hacen semejantes injusticias, con usar mi oficio tan limpiamente como todos cuantos hombres de mi arte lo pueden usar, y aun por ventura un poco mejor.

SEBASTIANA.

¿Cómo limpiamente?

SIGÜENZA.

¿No te parece que es harta limpieza y destreza de manos traer cuatro ó cinco bolsas y faltriqueras á casa sin comprar el cuero de que son hechas, y vaciar las tripas en mi poder?

SEBASTIANA.

Oye, que Estepa viene.

SIGÜENZA.

Por tu vida ten, tenme esta espada.

SEBASTIANA.

¿Para qué?

SIGÜENZA.

Tenla tú y calla, que estos son unos nuevos términos que tengo yo en reñir.

ESTEPA.

¡Ah Sigüencilla! ¿parécete bien de blasonar de quien vale mas que tu linage, ni poner lengua tras de ninguno?

SIGÜENZA.

Yo, señor Estepa, ¿qué blasoné?

ESTEPA.

Agradesce que estás sin espada.

SEBASTIANA.

Tómala, Sigüenza.

SIGÜENZA.

Quitamela delante, diablo, que yo la tomaré cuando menester sea.

ESTEPA.

Dí, bellaco, ¿no te parece que esa tu mugercilla no es bastante para descalzar el chapin de la mía?

*

SIGÜENZA.

Espérese, señor, certificarme he de ello: ¿es verdad lo que dice el señor Estepa, Sebastiana?

SEBASTIANA.

¿Pues no será, si en mi vida la he visto traer chapines?

ESTEPA.

Dejémonos de gracias, doña bruta, andrajo de paramento; y vos, don ladron, tomá vuestra espada.

SIGÜENZA.

Que no es mia, señor, que un amigo me la dejó con condicion que no riñese con ella.

ESTEPA.

Pues desdeciros, como á cobarde que sois, de lo que dijísteis delante de vuestra amiga.

SIGÜENZA.

¿De qué, señor?

ESTEPA.

De que me habian azotado en Medina del Campo, siendo la mayor mentira del mundo.

SIGÜENZA.

Desdecirme, no, no; no me parece cosa suficiente: ¿qué es de la espada?

SEBASTIANA.

Hela.

SIGÜENZA.

Quítala de ahí no la vea, que mejor será que me desdiga.

ESTEPA.

Acaba, ladron azotado.

SIGÜENZA.

¿Ladron azotado? Sus, perdoneme, que no me quiero desdecir.

ESTEPA.

¿No? pues aguarda.

SIGÜENZA.

Téngase, señor, que yo me desdiré; pero ha de ser con toda mi honra, si á vuestra merced le placiere.

ESTEPA.

¿De qué suerte? veamos.

SIGÜENZA.

Desta: que es muy gran verdad lo que dije como un grandísimo tacaño, y que estaba borracho y fuera de mi seso: no hay mas que tratar.

ESTEPA.

Pues mas habeis de hacer.

SIGÜENZA.

Haré cuanto vuesa merced mandáre.

ESTEPA.

Que me deis la espada.

SIGÜENZA.

¿Cómo daré lo que no es mio, señor?

ESTEPA.

Digo que me la habeis de dar.

SIGÜENZA.

Dádsela, señora Sebastiana, por amor de Dios.

ESTEPA.

Espera, que por fin y remate habeis de recibir de la mano de vuestra amiga tres pasagonzalos en esas narices bien pegados.

SIGÜENZA.

Señor, por amor de Dios, si puede ser, no sean pasagonzalos, sean pasarodrigos.

ESTEPA.

Sus, arrodillaos, porque mas devotamente los recibais.

SIGÜENZA.

Ya estoy, señor, arrodillado; haga de mí lo que se le antojare.

ESTEPA.

Ea, dueña, ¿qué aguardais? Dale recio.

SIGÜENZA.

¡Oh! pésete á quien me vistió esta mañana.

ESTEPA.

Tené tieso ese pescuezo.

SIGÜENZA.

Señora Sebastiana, *miserere mei*, pasito, no tan recio.

ESTEPA.

Bien está, dejadlo para quien es, venios conmigo.

SIGÜENZA.

La moza se me lleva. ¡Ah, Sigüenza, Sigüenza! igual fuera no desdecirte, y reñir de bueno á bueno con este Estepilla, y no quedáras sin honra y despojado de moza, y harto de pasarodrigos. ¡Ay narices mias que aún me duelen! Sus, en seguimiento me voy de mi Sebastiana.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

(Señora Sebastiana)

Señora Sebastiana